



Álvaro Matute

“Tlaxcalantongo: un acontecimiento, cuatro relatos”

p. 107-124

*El historiador frente a la historia*

*Historia y literatura*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2000

190 p.

(Serie Divulgación 3)

ISBN 968-36-8134-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/375/historia\\_literatura.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/375/historia_literatura.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## TLAXCALANTONGO: UN ACONTECIMIENTO, CUATRO RELATOS

ÁLVARO MATUTE\*

*Para Víctor Díaz Arciniega*

### *Nota introductoria*

Aparte de las referencias necesarias en los libros de historia de la Revolución Mexicana, y de algunos libros *propriadamente históricos*, que señalaré adelante, existen cuatro relatos cuyo asunto es la muerte de Carranza, que destaco no sólo por ser los más logrados, sino porque suscitan reflexiones acerca de la relación entre historia y literatura. Cuando emprendí la investigación para mi libro *La carrera del caudillo*<sup>1</sup> me enfrenté a ellos. No propiadamente para obtener datos, sino para ver cómo recreaban los hechos, ya que dos eran de carácter testimonial y dos reconstrucciones histórico-literarias.

Cuando terminaba la secundaria e iniciaba la preparatoria, apareció en el magazine de *Novedades* el relato de Ramón Beteta, *Camino a Tlaxcalantongo*,<sup>2</sup> que hojeé más que leí, pero por el cual me enteré de lo que había sucedido. No lo seguí porque no me atrapó, digamos que me llamó la atención, pero no tanto como para esperar cada domingo la continuación. Unos años más tarde, tuve conocimiento de la novela de Fernando Benítez, *El rey viejo*,<sup>3</sup> que me pareció muy

\* Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.

<sup>1</sup> Álvaro Matute, *La carrera del caudillo*, México, El Colegio de México, 1980, 202 p. (Historia de la Revolución Mexicana, 8).

<sup>2</sup> Ramón Beteta, *Camino a Tlaxcalantongo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, 126 p.

<sup>3</sup> Fernando Benítez, *El rey viejo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, 204 p. (Colección Popular, 6).

bien desarrollada; fue interesante observar la mezcla historia-ficción, pero tampoco llegué más lejos. Su mensaje no me envolvió. No fui lector temprano de Martín Luis Guzmán, quién sabe por qué. El caso es que cuando ya era egresado de Historia, y tiempo después de haber leído sus dos novelas grandes, me interesé por *Muertes históricas*,<sup>4</sup> que me gustó mucho. Me faltaba sólo el libro de Francisco L. Urquiza que lleva el austero título de *México-Tlaxcalantongo*,<sup>5</sup> al que me enfrenté después, para la investigación que desarrollaba. (De Urquiza, antes, sólo conocía *Tropa vieja*, que me sigue pareciendo excelente). Casi podría decir que los leí al revés. Dejé para el final el relato del cual parten si no los tres mencionados, al menos dos de ellos, el de Guzmán y el de Benítez. Al de Beteta lo considero independiente.

Desde los años en que investigué para *La carrera del caudillo* tuve ganas de analizar las diferencias y las similitudes entre los cuatro trabajos y, al no poder emprenderlo yo mismo, lo sugerí como tema de tesis a una de mis ayudantes que, finalmente, no se inclinaba por ese tipo de estudios; el asunto quedó guardado, pero no así mi relectura de los textos, ya con los ojos de quien quiere hacer algo con ellos. También debo haberlos repasado cuando edité *Contraespionaje político y sucesión presidencial*,<sup>6</sup> ya que eso me permitió cotejar el cuadro despiadado que el autor del documento que rescaté, Trinidad W. Flores, hizo de los miembros de la llamada “camarilla” política de Carranza, con el protagonista-narrador de *El rey viejo*, que era uno de ellos y que no me simpatiza del todo. Siempre pensé en las posibilidades literarias de la documentación que utilicé para ese librito, pero renuncié a explorarlas y opté por la vía rankeana de rescatar la fuente histórica en lugar de convertirla en literatura.

Volviendo a *La carrera del caudillo*, es obvio agregar que, para abundar en el conocimiento de los hechos leí otras fuentes, las cua-

<sup>4</sup> Martín Luis Guzmán, *Muertes históricas. Tránsito sereno de Porfirio Díaz. Ineluctable fin de Venustiano Carranza*, 4a. ed., México, Compañía General de Ediciones, 1969, 145 p.

<sup>5</sup> Francisco L. Urquiza, *México-Tlaxcalantongo. Mayo de 1920*, México, Editorial Cultura, 1932, 178 p.

<sup>6</sup> Álvaro Matute, *Contraespionaje político y sucesión presidencial. Correspondencia de Trinidad W. Flores sobre la primera campaña electoral de Álvaro Obregón, 1919-1920*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, 161 p.



les pueden englobarse en los documentos compilados por don Isidro Fabela en el volumen XIX de los *Documentos históricos de la Revolución Mexicana*,<sup>7</sup> dedicado a las muertes de Jesús y Venustiano Carranza, y al librejo del secretario de Rodolfo Herrero, Miguel B. Márquez, *El verdadero Tlaxcalantongo*.<sup>8</sup> Desde luego, para los propósitos de este trabajo, no me interesan las fuentes obtenidas de los interrogatorios que se les practicaron a los miembros de la comitiva que acompañó a don Venustiano en su afán de trasladarse a Veracruz, por la vía del Ferrocarril Mexicano, y establecer ahí su gobierno para enfrentar a los rebeldes.

El propósito es reflexionar sobre las relaciones entre historia y literatura y para ello me quedo solamente con los cuatro relatos en torno al acontecimiento, no sin antes hacer algunas referencias al problema heurístico que implica la muerte de Carranza. Se trata, en primer lugar, de un acontecimiento, de un *événement*, de los que no gustaban a los maestros de la Escuela de los *Annales*. Acontecimiento y no hecho, porque éste supone una precisión. El hecho es la muerte de Carranza. El acontecimiento, todo lo que la rodea, la envuelve. Para un tratamiento historiográfico, era necesario hacer lo que hice y lo que hicieron quienes me precedieron y quienes se han ocupado después de narrar o explicar el asunto. Me refiero a que si queremos explicar lo que sucedió debemos ir a un tiempo mediato, el problema de la sucesión presidencial de 1920 y todo lo que ello implicaba, para llegar al punto del asesinato del presidente. Para un tratamiento literario, bastan los quince o veinte días de mayo que transcurren antes del hecho y que lo rodean de su acontecer propio. Los cuatro relatos aludidos comienzan el 5 de mayo de 1920 y terminan en la madrugada del 21 del mismo mes, o bien se prolongan un poco más, para darle un cierre adecuado al texto, aunque todos convienen en que el reloj se detuvo esa madrugada. Lo demás es corolario.

<sup>7</sup> Josefina E. de Fabela, *Documentos históricos de la Revolución Mexicana. XIX. Testimonios sobre los asesinatos de don Venustiano y Jesús Carranza*, México, Editorial Jus, 1971, 168 p.

<sup>8</sup> Miguel B. Márquez, *El verdadero Tlaxcalantongo. ¿Quiénes son los verdaderos responsables de esa tragedia?*, México, A. P. Márquez Editor, 1941, 256 p.



*Urquizo: el punto de partida*

¿Historia o literatura? No es la primera vez que me hago esa pregunta, o que la hago en público. Respuestas: historia literaria, literatura histórica. Sin una no se da la otra y viceversa. Antes, desde el punto de vista de la heurística, por lo menos el relato de Urquizo puede ser legítimamente una fuente. No una fuente directa, desde el punto de vista ortodoxo de los metodólogos de fines del siglo XIX, porque no es algo que queda como producto de los hechos. En rigor, esto sí es aplicable a los interrogatorios hechos a los miembros de la comitiva, los que tienen la ventaja, sobre Urquizo, de la inmediatez. Son documentos producidos por los interrogatorios que se les practicaron a los acompañantes de don Venustiano, con el fin de encontrarlos culpables o inocentes de la muerte de Carranza. Se centran, evidentemente, en la noche del 20 de mayo. Si acaso, agregan algo más inmediato. El texto de Urquizo, en cambio, es reconstrucción de todo el acontecimiento; por lo tanto, es memoria intencionada que parte principalmente de su recuerdo personal, como miembro de la comitiva. Francisco L. Urquizo, debo agregar, era subsecretario de Guerra y Marina, encargado del despacho. No era, sin embargo, la más alta autoridad militar de los ahí reunidos. Correspondía ello al general de división Francisco Murguía, de grado más alto que el de Urquizo, que era de brigada; además, el presidente lo había nombrado comandante en jefe de la columna, por lo cual podía darle órdenes —y sí lo hizo— al encargado de la Secretaría. Urquizo, también debo decirlo, fue un extraño caso en la historia de las letras mexicanas. Era un militar con excelente disposición literaria. La necesidad de ejercitar la memoria lo llevó a ser un destacado novelista de la Revolución Mexicana y un gran memorista de ella. Más memorista que historiador propiamente dicho, aunque en algunos de sus textos sí procede cabalmente como escritor de historia. Si se valora su obra en conjunto, el mejor Urquizo es sin duda el novelista. Novelista que basa su trabajo en la observación y el recuerdo, que le dan lo necesario para recrear sucesos y personajes de la Revolución, del mismo modo que a sí mismo, en diversos trabajos, entre los cuales tiene mucho significado *México-Tlaxcalantongo*,



originado en un libro llamado *De la vida militar* (1930).<sup>9</sup> Dos años más tarde publica el primero, separado de ese original, y aumentado. El mismo año, Armando Z. Ostos, que también estuvo en la comitiva, publica una serie de artículos periodísticos<sup>10</sup> sobre el mismo tema, que valdría la pena recoger. No tuvieron, sin embargo, el mismo impacto que el libro de Urquizo.

*México-Tlaxcalantongo* es memoria-relato. No se le puede escatimar su calidad literaria, que lo sobrepone a cualquier exigencia heurística. Su autoridad proviene del hecho de ser testimonio y de evocar el acontecer según se fue presentando desde la mañana del 5 de mayo hasta la madrugada del 21 y los días siguientes que implicaron la reorganización de la desbandada y la conducción del cadáver del presidente a la capital. En ese sentido, tanto este texto como la primera historiografía de la Revolución basan su autoridad en el carácter testimonial que, en el caso de este relato particular, es lo único que puede ofrecer, ya que, por su naturaleza, el acontecimiento no pudo engendrar documentación primaria, para desgracia de quienes no pueden vivir sin ella. Al contrario del personaje de García Márquez, no tenían a quien escribirle, ni a quien mandarle telegramas. Fue una expedición casi ágrafa, como la de los diez mil de Jenofonte. Hubo comunicación telefónica hasta un punto de la caminata, y ya. Para mí basta la palabra-recuerdo del general Urquizo. Al final de su vida hizo mayores esfuerzos no propiamente reconstructivos, ya que nada agregó a lo escrito en 1932, sino que apuntaló lo narrado con una suerte de apéndices.

El camino es el tema de esta obra que, en su edición original, llena 178 páginas; por eso su título de ruta. Lo que rige la acción es la adecuación entre el tiempo y el itinerario. Al principio, la dificultad de salir de la ciudad de México, la desesperante pérdida de tiempo que significó reunir a la burocracia nacional en intermina-

<sup>9</sup> Vid. Víctor Díaz Arciniega, "Francisco L. Urquizo: constructor de una memoria", en *Literatura Mexicana*, v. VI, n. 1, 1995, p. 107-130. Artículo comprensivo y exegético sobre el general-narrador. Se apoya en los trabajos biblio-hemerográficos sobre Urquizo emprendidos por Mariano Mercado Estrada.

<sup>10</sup> Cfr. Stanley R. Ross (comp.), *Fuentes de la historia contemporánea de México. Periódicos y revistas*, 2 v., México, El Colegio de México, 1965-1967, v. II, p. 34. Se trata de una serie de artículos escritos unos en 1932 y otros en 1942. Más adelante, algunos fueron reimpresos.

bles filas de trenes para trasladarse a Veracruz, con familias y todo, cargando, incluso, el tesoro nacional. Sabedor del desenlace, el general narrador siempre manifiesta su duda, su escepticismo sobre el posible éxito de la empresa. Expresa su desacuerdo con el pendular e histórico Carranza, sobre la inconveniencia de utilizar la vía del Mexicano y su opinión acerca de optar mejor por la del Nacional para llegar a Tampico y de ahí bajar por mar a Veracruz. Carranza prefería su solución, que ya había sido puesta en práctica en 1914-1915. Volviendo al relato, Urquiza se sale muy poco de sus límites temporales. Se permite al principio un *flash back* en el que compara ese 5 de mayo con el de 1913, cuando se iniciaba la lucha contra Huerta. En Piedras Negras se conmemoró la gesta de Zaragoza de manera modesta pero llena de esperanzas. El futuro se abría ante el movimiento constitucionalista. Siete años después, no había futuro. Quedaban sólo algunos días y la esperanza de llegar a Veracruz.

Urquiza no escatima pormenores, si bien tiende a la parquedad. Rememora sólo aquello que realmente es significativo para dar la impresión al lector de que todo estaba perdido. Las dilaciones en la estación ferroviaria; el retraso en la salida; por fin, el inicio de la marcha a la que no puede calificarse de larga sino de lenta, como el obrar del presidente que, ni en esas circunstancias, perdió su carácter. Los cuatro relatores, tal vez con excepción de Beteta, se atreven a especular sobre lo que podría haber pensado Carranza y no aciertan a ir más allá de los datos que él mismo proporcionaba. Nunca perdió su carácter, siempre conservó su investidura y su convicción de que lograría cumplir su meta. Un rasgo que lo pinta: cuando todo estaba perdido, en Aljibes, permanece inmóvil en su asiento, mientras, primero Urquiza y después otro general, le comunican que deben emprender la huida antes de que llegue el enemigo. Sólo se endereza cuando el que lo apremia es Murguía, a quien sí le reconoce el rango que él le había conferido. Entonces se levanta, sale del convoy y pide un caballo, al que hubo que alargarle las acciones dada la estatura del todavía presidente de la República, porque al suyo se lo habían matado en Esperanza.

Impresiona el tono directo de Urquiza. Se esfuerza, y logra reconstruir sus estados de ánimo alternos. Transmite cuándo había cierta esperanza y cuándo se sentía que todo había terminado. Ex-



presa, también, su desconfianza y antipatía por Rodolfo Herrero. No se atreve, como ninguno lo hace, a sospechar del general Mariel. Finalmente, también era de la comitiva.

Un aspecto fundamental del relato de Urquizo es que siempre está referido a él mismo como narrador y testigo de los hechos. Su tema no es la muerte de Carranza, sino México-Tlaxcalantongo, lugar éste en donde ocurrió el suceso. Subrayo el punto, porque él deja a Carranza a la una de la mañana, cuando reciben la noticia de Mariel de que pueden seguir la marcha al día siguiente. Duerme, tiene una pesadilla y despierta en medio del estruendo y los resplandores de las balas, los gritos de ¡Muera Carranza! y la huida en medio de la noche lluviosa. A diferencia de los otros miembros de la comitiva, Urquizo y sus ayudantes, alojados en un jacal distante de los del resto, escapan hacia la barranca, aprovechando, si a eso puede llamársele aprovechar, la oscuridad que perduraría una hora y media o dos horas más. Después viene el regreso. Primero, la caminata a Xico y después el traslado a Necaxa. Al final, el retorno a México acompañando al cadáver de Carranza y el detenimiento del tren, antes de llegar a su destino, para que los militares fueran aprehendidos. Obviamente, entre ellos, Urquizo, quien en su texto se ubica escribiéndolo en la prisión.

Historia-literatura, en la medida en que es un relato de hechos acontecidos, recreados con un lenguaje y una intencionalidad que van más allá de la parquedad necesaria para sólo informar estrictamente qué pasó. Urquizo es escritor de una historia suya, referida a la caída de un gobierno, de un gobernante, acción que jamás dramatiza, sólo la ve pasar. Si bien Carranza es el eje del relato, porque todo el acontecimiento depende de su voluntad y de su destino, y su muerte es el final, el protagonismo está centrado en Urquizo. Es grande el contraste entre la manera escueta con que refiere la muerte del presidente, la cual no es atestiguada por él, y su vivencia de la madrugada del 21 de mayo, desde que despierta por las ráfagas de balas hasta que clarea y se reúne con sus asistentes, y guiados por lugareños llegan a Xico. Si bien todo el relato es magistral, esas páginas son fundamentales. Todas las emociones y temores de Urquizo se hacen presentes en esas cinco o seis páginas finales, antes del reencuentro con la columna deshecha.



De manera ortodoxa, disciplinaria, no es un texto histórico. Es un testimonio, con artificios literarios. En ese sentido, el relato de Ramón Beteta va por el mismo camino. Su paralelismo con el de Urquizo es definitivo.

*Guzmán: la mirada distante*

Si hay parquedad de lenguaje en Urquizo, en Martín Luis Guzmán ésta llega a niveles insospechados para quien no esté familiarizado con su prosa. *Ineluctable fin de Venustiano Carranza*, dentro de *Muertes históricas*, es un texto al que no le falta ni le sobra una palabra. Escrito, como todo lo suyo, tras una reflexión meticulosa acerca del lenguaje que debía emplear para comunicar al lector cómo sucedió la muerte de Carranza. Desde “El 5 de mayo por la mañana, la situación política y militar de Venustiano Carranza no tenía remedio”, breve sentencia con que inicia el relato, hasta el punto final, el texto no tiene desperdicio. Un recurso estilístico que utilizó fue el juego de presencias-ausencias con que enmarca las acciones. Cada apartado lleva el nombre de un personaje, del personaje central —por lo general ausente— de la acción que ahí se narra. Todos, con excepción del último, que es un toponímico: Tlaxcalantongo. Antes de llegar a él, se suceden Pablo González, Guadalupe Sánchez, Gabriel Barrios y Rodolfo Herrero. Los tres primeros brillan por su ausencia. Quiero decir que ella se expresa en lo determinantes que resultan para la conducción del camino hacia el desenlace. Las ausencias de González, Sánchez y Barrios son ausencias militares, ausencias de apoyo a la columna de la legalidad, que es como también se llama a la comitiva presidencial. La presencia, en cambio, es irónica: quien le ofrece apoyo y lealtad será su verdugo. Los otros, por lo menos, lo dejan ir, lo envían al final, donde lo esperaría Herrero, quien le da confianza y logra alterar la pertinacia con la que se había conducido la columna, gracias al impulso que le daba Carranza. ¿O supo Carranza que la suerte estaba echada, y por eso aceptó desmovilizarse a las cinco de la tarde, contra su costumbre de avanzar y avanzar hasta la noche, y permanecer en el más miserable de cuantos poblados habían tocado? Según los relatos, esperaba noti-

cias de Mariel, para saber si era posible avanzar. Acaso eso explica el que no fueran aprovechadas cuatro o cinco horas de marcha, por lo menos. Ni el jacal en que lo alojaron, que era el mejor de la rancharía, le gustó a don Venustiano, quien pidió a Mario Méndez buscarle uno con piso de madera, en vano. Esa fue su última morada.

Martín Luis Guzmán recrea el texto de Urquiza de una manera puntual. Cada uno con su lenguaje y su estilo, pero *Ineluctable fin de Venustiano Carranza* no existiría sin *México-Tlaxcalantongo*. Hay, en cambio, un artificio diferente. Menos datos menudos, más reflexión, atrevimientos de monólogo interior de Carranza, en fin, recreación literaria de lo que en Urquiza permanecía en un nivel de crónica vivencial.

Para el desenlace, en cambio, Guzmán se apoyó, sin duda, en los interrogatorios ya que son la mejor fuente para conocer el hecho final. De entre ellos destacan las respuestas de Manuel Aguirre Berlanga, quien pernoctaba al lado de don Venustiano. La prensa de la época recogió la versión oficial de que Carranza se había suicidado. Guzmán no averigua, pero deja abierta la posibilidad. Escribe Guzmán:

Alargó don Venustiano el brazo para coger sus anteojos y ponérselos; pero sintiéndose herido, se empezó a quejar. Le preguntó Aguirre Berlanga, que también se había incorporado:

—¿Le pasa a usted algo, señor?

—No puedo levantarme; tengo rota una pierna.

Suárez y Amador ya estaban en pie. Armados de sus pistolas intentaron huir. Frente a la puerta no había nadie: el ataque parecía venir sólo de la parte de atrás. Por un momento *los disparos parecieron producirse en la choza misma*. Se volvió Suárez. A tientas llegó hasta don Venustiano y le pasó un brazo por la espalda, para levantarlo y ayudarlo a salir. Quiso hablarle, quiso animarlo, pero advirtió entonces que del cuerpo que tenía sujeto no salía ya más que un estertor. Cerca y lejos seguían los disparos y los gritos.

Transcribo ahora la declaración del secretario de Gobernación:

...como media hora después [de haber apagado la vela, a las 3 de la mañana] fueron unas tremendas descargas de fusilería lo que los despertó en plena zozobra llenando a todos de pavor por lo inesperado, pues que esa ocasión tenían plena confianza; inmediatamente después de las primeras descargas, dijo el señor presidente: “Licenciado, me han quebrado una pierna, ya no puedo moverme”, contestándole, “en

qué puedo servirle, señor”, pero nada respondió, ignorando si oíría sus palabras, pues las descargas de fusilería continuaban con intensidad, así como los gritos de “Muera Carranza”, “Sal viejo barbas de chivo”, “Ven para arrastrarte” y otras insolencias y blasfemias; todo el asalto al jacal se desarrolló en siete u ocho minutos...

El salvarse todos fue porque parece que el blanco objetivo fue el señor Carranza que estaba bien localizado por los asaltantes.

Aguirre Berlanga no da elementos para una u otra posibilidad. Las últimas líneas transcritas se refieren a un blanco objetivo. Guzmán hace referencia a los dos tiros que parecen haberse producido en el interior de la choza. Sobre eso comentaré más adelante.

*Ineluctable fin de Venustiano Carranza* es una obra en la que se traza un destino previamente anunciado. En ese sentido, igual que en *El rey viejo*, hay un entramado de tragedia, por lo que tiene de inevitable, por ser un destino que debe cumplirse y porque no puede haber ninguna acción humana que lo impida. La diferencia estriba en que mientras la obra de Martín Luis Guzmán es una tragedia individual, para los otros autores es colectiva, oscilando entre el grupo, la comitiva o columna de la legalidad o, magnificando el hecho, la nación. Esto último más en Benítez que en Urquizo. Inclusive, en Guzmán hay una típica tensión tragedia-comedia porque, al cumplirse el destino de Carranza, las cosas se acomodan para tomar el lugar que les correspondía.

### *Benítez: la ascunción de la novela y la ideología*

El tercer texto en aparecer fue el de Fernando Benítez, *El rey viejo*, con una distancia de veintiún años con respecto al relato de Guzmán. De los cuatro, es el único que podría merecer la definición de novela histórica. Cumple, en ese sentido, con los cánones del género, esto es, rodear con una trama ficticia pero factible los hechos realmente acontecidos. Como fuente, es obvio que Benítez, al igual que don Martín, se sirvió de Urquizo, de los documentos producidos por la instancia judicial que interrogó a los acompañantes, y de algo más de lo que se había escrito y publicado. Una circunstancia que se me ocurre en el momento de redactar estas líneas es la coincidencia



de la aparición del libro, justamente con el año del centenario del nacimiento de Carranza. Me pregunto si Benítez quiso ser deliberadamente conmemorativo o si la efemérides le inspiró la recreación de los últimos días del “Primer Jefe”, convertido por él en *rey viejo*. En todo caso, la coincidencia es incontrovertible, como lo es un cierto propósito broncíneo que busca exaltar la figura de Carranza como estadista ejemplar.

En el caso de la obra de Benítez sí es interesante traer a colación el contexto en que fue escrita, pero no sólo el ya aludido del 1959, sino otro más mediato. Ese año, en el que se aproximaba el final del gobierno del general Eisenhower en los Estados Unidos, proliferaba en América Latina un prototipo: el dictador apoyado por Washington que garantizaba a los grandes monopolios y al Departamento de Estado que la amenaza roja sería detenida en el continente. A uno de esos dictadores, Fulgencio Batista, le había llegado el fin. Este contexto sirve para que Benítez expresara la implicación ideológica de su texto, que no era otra que enaltecer a Carranza, quien quería legar al país un gobierno civil, para que dejaran el poder los militares, quienes articularon una magna huelga de generales, jefes, oficiales, clases y tropa para conducirlo a la muerte en Tlaxcalantongo, demostrándole que la historia de 1914-1915 no se repetiría, si no era debidamente apoyada por los ejércitos. La ideología del civilismo serviría de base al enaltecimiento de Carranza. La actualidad del mensaje era oportuna, en el sentido de que entonces se libraba una cerrada lucha entre civilismo y militarismo en América Latina, desde el Suchiate hasta la punta del Cono Sur.

Sin embargo, la novela tiene una paradoja que comparte con los otros tres relatos: el legado civilista era impuesto, lo cual violentaba la verdadera democracia, ya que no se le daba al pueblo una posible opción. El *rey viejo* ejercía su derecho a abdicar en un sucesor designado por él.

Estilísticamente, fue advertida en su momento la eficacia de la prosa de Benítez.<sup>11</sup> En efecto, si algo caracteriza al relato es precisamente eso, el ser eficaz, el estar bien construido a partir del diario

<sup>11</sup> Rosa Peralta [pseudónimo utilizado por Daniel Cosío Villegas], “La novela historiadá”, *Historia Mexicana*, v. IX, n. 4, [36], abril-junio de 1960, p. 616-619.

que llevó un miembro de la comitiva, que bien podría haber sido Pedro Gil Farías, antiguo secretario de Carranza, mezclado con los otros civiles de la columna, como el propio Luis Cabrera, Mario Méndez y hasta Aguirre Berlanga. Con respecto a la relación con el texto de Urquiza, mientras Guzmán reduce el relato a su expresión cabal, Benítez lo expande en la recreación de detalles, de reflexiones, de inferencias, de juegos con el tiempo, ya que sin perder el hilo cronológico, las anotaciones del protagonista-relator ubican al lector en los sucesos del día y hora señalados, pero indicando si están escritos en el momento o son interpolaciones escritas meses después. Un final muy logrado, y especialmente efectista, es el encuentro del licenciado-protagonista con Rodolfo Herrero en el Prendes, en donde todas las emociones se vuelven contra el ánimo del licenciado hasta que se hace de palabras con el asesino, jalones de solapa y el intercambio leve de bofetadas. Al final, el consuelo de la esposa, que ayuda al protagonista a reintegrarse a la normalidad. En ese sentido, no podía tratarse de Cabrera, ya que él sí escribió sobre los hechos, encaró las posibilidades y dejó a la opinión pública *La herencia de Carranza*, que cubre con brevedad los sucesos de Tlaxcalantongo.

El problema de la moralidad que busca Benítez es la paradoja. De nuevo la alusión a García Márquez, crónica de un magnicidio anunciado. Los golpistas liberan al país de una imposición y se toman ocho años para inventar un sistema más viable: el maximato, y un partido, si no único, sí preponderante. No más Tlaxcalantongos. Una tan vulgar alusión al presente, que no resisto la tentación de decir: Obregón le cortó el dedo a Carranza. La metodología es efectivamente reprochable. Nunca el fin debe justificar medios de esa naturaleza pero, si se examina el carácter de Carranza, no podía ser de otra manera. La oferta de salvoconducto para que siguiera él solo hacia Veracruz y se expatriara no iba con su personalidad, con su actitud de máximo patriarca, de rey viejo. Pudo haber dicho: “carguen con mi cadáver, a ver si pueden con él”. Y sí pudieron, ya que para darle cobertura legal a las cosas se inventaron los abogados. El juicio de la historia es el más difícil y en la circunstancia del momento, todo queda en paradoja. La altura de la tragedia no se alcanza. La estatura de los personajes es demasiado mundana, de manera



que no les es permitido sublimarse, convertirse en mito. O no fue el caso, por lo menos, de Carranza.

Sí da, desde luego, para los relatos que hemos visto, oscilantes entre la literatura y la historia. La novela de Benítez es legible por su eficacia narrativa, por su acertado entramado y el cúmulo de detalles con que la cubre. La circunstancia, sin embargo, no propicia el engrandecimiento. Todos tenían pies de barro.

Otro recurso digno de ser tomado en cuenta es el manejo de la temporalidad del relato que hace Benítez, al anunciar al principio de cada capítulo la referencia al día en que sucedieron los hechos y la fecha en que fueron anotados o escritos. Eso le permite al protagonista-relator establecer distancias o cercanías, lo que quiere decir permitirse licencias o moverse en un terreno de mayor rigor reconstructivo. *El rey viejo*, en suma, es hasta ahora la novela sobre la muerte de don Venustiano.

#### *Beteta: el recuerdo distante*

El entonces muy joven Ramón Beteta fue por accidente a Tlaxcalantongo. Su hermano Ignacio —después celebrado como paisajista— era oficial de la gendarmería convocada por el coronel Chapital, su jefe, a integrarse a la columna. “Y usted, joven, viene con nosotros”, le dijo a Beteta, quien contestó en sentido afirmativo. Y así, un estudiante de derecho que no cumplía los veinte años, se subió al tren el día siete. Cuarenta años después rememoró los sucesos.

Relato lineal, inicia el seis de mayo, cuando recibe la invitación de Chapital, y concluye después de la desbandada con el retorno a la capital, por su cuenta y riesgo, sin seguir el itinerario de la columna. Gracias a Ramón Beteta hay otro punto de vista más lejano, menos involucrado con la situación.

Siendo quien era, Ramón Beteta adoptó la postura de quien había seguido una trayectoria brillante en la administración pública. En los gobiernos de Cárdenas, de Ávila Camacho, y sobre todo de Alemán, había estado en el primer círculo. Cuando publicó su relato, acababa de cumplir con la misión de representar a México ante la República Italiana. ¿Escribiría el texto en la casona de la vía

Lazzaro Spalanzani, frente a la Villa Torlonia? No hay indicios acerca de ello, pero a su regreso a México se ocupó de la dirección del periódico *Novedades*, lo que le dejaría menos tiempo que la embajada en Italia. En suma, lo importante es señalar esa distancia ideológica que establece Beteta con respecto al presidente Carranza. Literariamente logra expresar no sólo la distancia ideológica, sino la distancia real que podía existir entre el presidente de la República y un estudiante de leyes involucrado en la comitiva. Eso recrea Beteta y no adopta ninguna posición con respecto a la disyuntiva Carranza-Obregón. En ese punto, se coloca en la línea de Martín Luis Guzmán.

Como relato, *Camino a Tlaxcalantongo* es un libro que valió la pena de ser escrito, precisamente por la insignificancia de su autor en mayo de 1920, y por los buenos recursos con los que logra revivir los hechos. Su condición de marginalidad lo lleva por una línea paralela a la de Urquiza. Mientras éste es protagonista principal, Beteta sólo lo es para sí mismo. Es decir, su presencia en los acontecimientos fue irrelevante. Podía haber estado o no, según hubiera sido la respuesta a Chapital. El caso es que estuvo y que escribió y, gracias a ello, su relato nos permite ver ángulos de la trayectoria de la comitiva que no advirtió el general Urquiza y que los recreadores Guzmán y Benítez no podían recoger. Se trata de la visión más periférica, que acerca al lector a otros ángulos, algunos de los cuales sí pudieron ser vistos por Urquiza, pero no todos. Y, desde luego, la intimidad de Beteta.

En lo que respecta a la desintegración de la columna, es donde Beteta adquiere un valor testimonial muy grande, porque él podía pasar desapercibido, como en realidad sucedió, y regresar por otro lado a la capital. Así, Beteta nos ilustra acerca de cómo se comportó la gente en los trenes, en las situaciones de peligro, o cómo algunos aprovecharon el abandono del tesoro nacional para hacerse de cuantas monedas de oro pudieron echar a sus bolsillos, las que después les acarrearían peligros o salvaciones. Beteta llegó hasta la madrugada del 21, como todos. A diferencia del resto de la comitiva, él regresó “en reversa”, es decir, no fue a Xico y Villa Juárez, sino que retornó a buscar a Pedro, un muchacho guía que habían contratado para el efecto, para que lo orientara en su regreso a cumplir una comisión que le había dado Luis Cabrera, con quien charló un momento en uno de los altos del camino. Cabrera le obsequió una pis-



tola y le encargó establecer comunicación con gente de México, para lo cual contrató los servicios del guía. El recuerdo de Pedro que tiene Ramón Beteta es sentido y da lugar a la única dosis de ideologemas que contiene su muy bien construido relato. Reflexiona sobre lo relativo que era el depender de un muchacho que no tenía instrucción y acerca de que, en ese momento, su experiencia valiera más que lo aprendido por él hasta entonces en la Escuela de Jurisprudencia, y antes en la Preparatoria, y podría agregarse que después en la Universidad de Texas, a donde se incorporó desde enero de 1921. Pedro conocía el camino y eso era lo importante en ese momento. La charla entre ambos, que reveló a Pedro la existencia y magnificencia del mar, es un episodio espléndido del texto, apenas trastocado con la apostilla del progreso obtenido tras cincuenta años de Revolución. Era, tal vez, imposible que un ex-secretario de Hacienda, ex-embajador en Italia y director del periódico *Novedades* se abstuviera de hacerlo. No empaña el relato, pero esa parte es totalmente prescindible. Se encuentra al final y el lector puede omitirla en obsequio a quedarse con el rigor casi guzmaniano empleado por don Ramón en su recuerdo del camino a Tlaxcalantongo.<sup>12</sup>

### *Historia, literatura y especulación*

Los dos testimonios directos, los de Urquizo y Beteta, no describen el asesinato que, si fue suicidio, no dejó de ser asesinato. De hecho, ninguno de los cuatro narradores entra en ese problema, salvo cuando se hace alusión al acta que fueron obligados a firmar los miembros de la comitiva. Benítez es quien más abunda en ese particular y, como Urquizo, niega la posibilidad de que don Venustiano mismo haya decidido acelerar lo que ya venía en camino. Urquizo, inclusive, en uno de sus textos posteriores sobre Carranza<sup>13</sup> discute y niega

<sup>12</sup> Para complementar la experiencia de Beteta en Tlaxcalantongo, *vid.* James y Edna Wilkie, *México visto en el siglo XX*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, 1969, 770 p., p. 23-42.

<sup>13</sup> Francisco L. Urquizo, *Cincuentenario de la muerte de don Venustiano Carranza*, 9a. ed., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1970, 78 p. Resume el estudio hecho por el médico Carlos Sánchez Pérez, quien le practicó la autopsia a

esa posibilidad. Quien la revivió recientemente fue Enrique Krauze, en *Biografía del poder* dedicada a don Venustiano, y al hacerlo propició el envío, a los periódicos, de cartas de personas indignadas.<sup>14</sup> Krauze hace una buena crítica de fuentes e incorpora otra voz testimonial, la de Ignacio Suárez, que fue quien asistió a Carranza al morir, así como lo dicho por el doctor Sánchez Pérez, que el 3 de junio de 1920 declaró haber encontrado cinco y no cuatro heridas de bala. En fin, éste no es el propósito que se persigue ahora, por lo cual no resumo o transcribo las hipótesis de Krauze, viables y bien planteadas. Eso sería tema de otro estudio que no de éste, cuyo propósito es buscar las relaciones entre la historia y la literatura a partir de un caso concreto: la muerte de Carranza, la pesada marcha, absurda, de la burocracia nacional a bordo de una columna de trenes, en medio de fuerzas enemigas. El asunto es, a todas luces, literario. Así lo entendieron los dos reconstructores del acontecimiento, Guzmán y Benítez, optando el primero por la narración llana, sin ninguna interferencia, un relato clásico, mientras que Benítez se fue por el camino barroco: más acciones, más personajes, composición que se sale de la narrativa tradicional, lineal, pero sin llegar al realismo mágico que más tarde expresaría la literatura latinoamericana. Le faltó a Tlaxcalantongo su Alejo Carpentier. Otra posibilidad sería la diametralmente opuesta: una sátira feroz en el más puro estilo de Ibarguengoitia. ¿Por qué traigo a colación a dos escritores que jamás soñaron en ocuparse del caso? No por ocio, sino porque representarían dos posibilidades extremas, que podrían coincidir con el absurdo mismo de la situación. Para la reconstrucción histórico-literaria es un tema muy aprovechable.

Los cuatro relatos presentados cumplen, cada uno, con distintos propósitos. Urquiza da a conocer los hechos y propone la primera estructura formal del acontecimiento. Establece un principio y un fin, y de su lectura surge una posibilidad de entramado trágico, sin culminarlo. Guzmán alcanza el más elevado nivel narrativo, que lo

Carranza, e inserta un diagrama en el que se dan las trayectorias de las cuatro balas que interesaron el cuerpo de don Venustiano, p. 61-64.

<sup>14</sup> Enrique Krauze, *Venustiano Carranza. Puente entre siglos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, 178 p., ils. (Biografía del poder, 5).



colocaría en un vértice del hipotético triángulo formado por él y por Carpentier e Ibargüengoitia. Benítez hace un relato atractivo, pero cae en tentaciones ideológicas y didácticas que lo ubican lejos de don Martín. Beteta, independiente, complementa lo que treinta años antes había hecho Urquiza. En los cuatro está la presencia de Carranza, pero los cuatro lo tratan a distancia. Indudablemente es Guzmán quien mejor y más plenamente lo encara y quien se compromete más con expresar un veredicto. Lo ineluctable de su fin es la propuesta más plena. No se alcanzó la dimensión trágica porque lo único que se perdió fue una vida a la que ya se daba por perdida.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS